

Comentario al Trabajo del Dr. Samuel Ramírez Moreno, titulado “Valoración a Través del Tiempo de la Terapéutica de la Parálisis General Progresiva”

Por el Dr. Enrique O. Aragòn*

El ingreso de un socio, en nuestra benemérita institución, siempre ha sido motivo de fausto y regocijo, porque significa para ella un nuevo acopio de energías y de sabiduría, con relación a las que ya posee y con cuyo incremento progresa, siguiendo la norma que se ha trazado de antemano.

Muchos varones ilustres han desfilado y otros han venido después a ocupar sus escaños, dejados con esplendor. Sin embargo, en el caso actual, la llegada del oficiante, no es por sustitución y para ocupar el lugar hecho vacío, por la pérdida de conspicuo predecesor arrebatado por la Parca. No, es simplemente la ocupación de un sitial, a consecuencia de nueva distribución de plazas, y, por lo tanto, al entrar no se quita el luto de ningún sillón para cambiarlo por la dorada inscripcíon que fija la bienvenida, sino que ésta se hace alegre y satisfactoriamente, para que en plena juventud penetre cuando hace apenas doce años que se recibió, quien después de veinticuatro de edad, alcanzó el título.

Para mí el doctor Samuel Ramírez Moreno no es un desconocido, como tampoco lo es para vosotros; pero en el caso particular resucita en el viejo maestro, los recuerdos de la generación del 17, la que siguió conmigo el curso de Psicología de tal año, y en donde descollaron preclaras inteligencias que después se han dispersado, cumpliendo cada una con su destino.

El doctor Ramírez Moreno toca a las puertas de la Academia, trayendo consigo el prestigio de un médico honesto que ha escogido como especialidad los trastornos de la Psiquis, en cuyo ramo ya es conocido no sólo en nuestra patria, sino en el extranjero; en los Estados Unidos, en Sudamérica (Brasil) y en Europa misma.

El trabajo que presenta, podría decirse que es el focal de sus actividades, pues se refiere al mismo tema con que se doctoró en el 24;

* Véanse las páginas 228 a 251 de este tomo.

con el que obtuvo premio de concurso en esta docta corporación en el 26, y con el que ahora en el 36 persiste en su misma ponencia.

Es la Parálisis General Progresiva, entidad que conmueve en cada país, a todos los facultativos, por la gran cantidad de víctimas que acarrea, con su funesto desenlace en los frenocomios, si no es que en sus ejemplares, éstos dañan en sus primeras fases, en las partes en donde los hay o se encuentran; en el hogar mismo y en el medio social, sin que quede exenta ninguna actividad: banqueros, artistas, políticos, líderes, militares, profesionales, etc.

Se podría hacer la apreciación que si en cada pueblo la parálisis general progresiva desapareciese, el ambiente se resanaría y se calmaría mucho, abatiendo hasta el nivel de la delincuencia, a la que la parálisis general presta gran contribución.

El autor de la memoria, al principio de ella asienta como apogemas:

- 1º El origen sifilítico de la enfermedad, y
- 2º El tratamiento por la piretoterapia, como el mejor logrado hasta ahora para la misma.

Con respecto al origen luético de la dolencia, hay que aclarar que sus estragos y las catástrofes que sobrevienen, tienen como motivos ya un accidente inicial inadvertido, y, por lo tanto, ausencia completa de toda terapéutica; ya el descuido y la indolencia para atacar el mal específico, contraído; de modo que la medicación queda virgen, o bien incompleta, sin convencerse que para ser curativa se necesita un tratamiento intensivo sostenido durante años, y con la vigilancia del sujeto infectado. Que hay curaciones completas de la sífilis, ya nadie lo pone hoy en tela de juicio hasta el grado de que hay quien cita la reinoculación en el mismo individuo, con el accidente primario del chanero duro, como si antes no hubiera habido inoculación alguna. Habría sido digno de notar que en los paralíticos generales, además del germen productor del mal, y que ha penetrado al organismo, hay los antecedentes, muchas veces, de vida disipada, y con ella el alcoholismo. Parece ser que el alcohol fija al treponema en la corteza cerebral, haciéndolo en extremo resistente, y a veces invulnerable para la acción medicamentosa. Con tal consorcio y después de años de ignorancia del peligro, y de supuesta calma, estalla el incendio en este caso, complicado con la alcoholatura de sífilis,

como diría en tono irónico el célebre profesor Fournier, y con él Ricord, los dos grandes médicos del Hospital Saint Louis en París.

Por lo que toca a la segunda aseveración, el doctor Ramírez Moreno, en su tesis se muestra escéptico, respecto a la acción eficaz de los arsenicales (principalmente trivalentes por su peligro), de los mercuriales y del yoduro de potasio; es decir, casi cancela todo el acervo existente hasta la fecha respecto a las armas de combate.

Acerca del particular, me permito, con toda atención, significar mi discrepancia; porque tales medios y substancias, para atacar al enemigo, no deben desdenarse en cooperación con los modernos procedimientos, con los que pueden alternar.

Yo ya he podido apreciar en varios médicos esta misma fobia para el salvarsán, el neosalvarsán, etc., etc. Y, a mi entender, en lo que hay que fijarse es más que en la fuerte intensidad de sus dosis, en la constancia de las mismas por mucho tiempo.

El autor del escrito es más tolerante para el empleo de los bismúticos, tomando de preferencia los que se encuentran en estado coloidal, o bien los solubles. Yo prefiero a estos últimos, porque, efectivamente, los que se encuentran en suspensión oleosa, en ocasiones no se reabsorben, sino que quedan enquistados, lo que se puede comprobar por la existencia de sombras que se descubren con los rayos X, amén de los núcleos de induración profunda que dejan y las molestias que provocan.

Volviendo a los arsenicales, claro está que hay sus contraindicaciones para no emplearlos, como en las neuritis ópticas, atrofas papilares, nefritis, insuficiencias hepáticas, falta de funcionamiento de la piel por dermatosis extensas, etc. Entonces se elegirá otro camino y otra norma de conducta, porque en medicina no se puede establecer una regla única, sino que los procedimientos tienen que variar con cada enfermo. Por otra parte, hay que rectificar la frase de que los arsenicales sólo lavan la superficie del cuerpo, y la limpian, presentándola bella, sin manchas, sin úlceras, sin costras de ectima, pero dejando en las profundidades del antro al furioso dragón.

Por lo que toca a la segunda cuestión, o sea a los resultados favorables obtenidos por las pirexias, el firmante de la tesis que tengo la honra de aquilatar (solamente en virtud de un precepto reglamentario, pues no tendría derecho por otro motivo), es con los con-

temporáneos verdadero revolucionario, en el sentido correcto del término, porque abre nuevos caminos para la lucha y él, al lado de peritos que laboran en el asunto, expone sus éxitos con la paludoterapia, principalmente, además de en otros casos, el empleo de la fiebre recurrente, el *sodoku* y el *Dmelcos*. Sin embargo, por lo que toca al uso del hematozoario de Laveran, para la provocación de los accesos febriles, tiene como limitación, a veces, el estado de agotamiento de las personas, y, además, su acción desglobulizante, que deja a los atacados en un estado de anemia profunda, que después se tiene que rectificar.

El doctor Ramírez Moreno es uno de los primeros que en México ha empleado y sigue empleando la electro-pirexia, con la que la destrucción globular, a que me acabo de referir, y la disminución marcada de la hemoglobina se evitan, y en cuyo caso el choque hemoclásico que producen las elevaciones de temperatura, se debe a la acción de un agente físico, cuya acción se puede graduar, y no a una infección.

A mí me consta, por el hecho de haber llevado a varios pacientes para ser tratados en su clínica psiquiátrica, el éxito obtenido y las remisiones favorables presentadas con el uso del aparato electropirético del caso.

Otro mérito del dedicado profesional y compañero a que me refiero, es la paciencia para recoger cuidadosamente sus observaciones, registrándolas en cuadros en que figuran más de 150 dañados, y comparando su estadística con la de sabios profesores extranjeros.

En los cuadros que acompañan a la parte narrativa, hay la comparación con las estadísticas de centenares de paralíticos, tratados por sabios profesores, peritos en la materia y en todas las circunstancias, acotándose los beneficios alcanzados, los casos rebeldes, las muertes sucedidas, etc., y todo esto calculado en porcentajes precisos y con el control de los análisis de laboratorio principalmente, referentes a las reacciones de Wassermann, de Noguchi, de Pandi, de Kolmer, etc., realizadas unas en la sangre y otras en el líquido céfaloraquídeo.

Al ímpetu valeroso y lleno de ilusiones para aplicar un sistema, hay que agregar la prudencia, y ésta existe en el doctor Moreno, cuando él mismo no emplea la electro-pirexia en personas con miocarditis,

en las que el uso de fiebres altas está contraindicado por síncope que pueden venir en quienes tienen excesivamente delicada y degenerada la fibra estriada de su noble órgano central.

No dejo pasar por alto que el pertinaz hombre de ciencia, en su afán de mejorar a los paralíticos generales, ha usado y usa en determinadas circunstancias las inyecciones intravenosas de la solución de Ypomea Stans, o sea el tumba-vaquero, ampollitas preparadas por la casa García Colín, y que su empleo da lugar a altas elevaciones de la temperatura, obteniéndose beneficios, y sin que haya peligro en su ministración, siempre que ésta sea prudentemente vigilada. Estos beneficios son superiores a los que acarrea el uso de la misma substancia, para combatir la epilepsia. El doctor Ramírez Moreno ha hecho extensivo su uso a enfermos con accesos formidables de manía aguda, con delirio de modalidad expansiva, y la fiebre los aplaca y mejora. Parece como si sumergidos en el calor que los abraza, se rindiera su acometividad.

Antes de terminar el juicio que me he impuesto y en el que envío a nombre de la Academia y de la sección que represento, mi más cálido aplauso a nuestro nuevo colega y camarada, tengo que agregar que él no es el que desarrolla brillantemente y en amplios conceptos literarios su conocimiento, sino que su expresión es sencilla pero profundamente clara, ordenada y metódica, y esta sencillez se convierte en un galardón tras del cual se halla y se adivina a través de su diafanía, al meritísimo médico que funda cada palabra en una meditación y cada frase de su discurso en una base firme de experiencia, en la que hay que creer, porque no es hija de la imaginación, sino el fruto de un estudio detenido y madurado.

No es mi pluma la de Arsène Houssaye, para escribir con caracteres imborrables el valor del nuevo paladín que llega. Houssaye lo hizo en pinceladas estupendas, al formar los retratos de cada uno de los que ocuparon o merecieron ocupar los sitios de la Academia Francesa. Aquí el que hoy penetra en nuestros lares, lo escribirá con su propio puño, para gloria de él mismo y para la de la Academia, que con los brazos abiertos hoy lo acoge amorosamente en su seno.